



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Ornelas Delgado, Jaime; Aceves López, Liza
La izquierda latinoamericana en el siglo xx y la utopía recuperada
Bajo el Volcán, vol. 11, núm. 17, septiembre-febrero, 2011, pp. 273-295
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28625451017>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA EN EL SIGLO XX Y LA UTOPIA RECUPERADA

Jaime Ornelas Delgado y Liza Aceves López

RESUMEN

Dada la historia de América Latina, iniciada con su lucha por independizarse de las potencias coloniales y prolongada hasta nuestros días con el resurgimiento del movimiento popular y la recuperación de la utopía, que recoge el ancestral empeño emancipador y reafirma la certeza de “otro mundo posible”, uno de los ejes del *modo de teorizar* la realidad latinoamericana ha sido el cambio social.

A lo largo del siglo XX, en América Latina se ha desarrollado un pensamiento crítico que ha llevado la reflexión teórica hasta sus últimas consecuencias en busca de explicaciones sobre cómo y hacia dónde habría de transcurrir su transformación. En ese esfuerzo teórico-práctico ha estado presente siempre la izquierda, y en particular las diversas expresiones marxistas. De ahí que, para comprender la situación actual de América Latina, resulte indispensable remitirse a los debates y experiencias de esas corrientes, pues si se desconoce la trayectoria de los movimientos sociales lo que ocurre actualmente en la región sería explicado apenas como un accidente del devenir social atribuido sólo a la aparición de personajes mesiánicos o meras acciones aisladas sin raigambre ni posible explicación histórica. En cambio, al tratar de recuperar críticamente los debates y acciones, en este caso de las corrientes marxistas como parte entrañable de la izquierda latinoamericana, el presente trabajo pretende mostrar que el momento actual de América Latina no es circunstancial ni caprichoso, sino resultado de una larga historia forjada en la lucha de nuestros pueblos por su emancipación política, cultural y económica.

Palabras clave: izquierda, imposibilismo, democracia, América Latina, revolución, capitalismo, neoliberalismo.

SUMMARY

The history of Latin America began with their struggle for independence from colonial powers and prolonged to our days with the resurgence of popular movement and the recovery of utopia that reflects ancestral emancipatory efforts and reaffirms that "a different world is possible", one of the main ways of theorizing has been the Latin American social change.

Throughout the twentieth century in Latin America has been developed a critical thinking that has led theory to its logical conclusion in search for explanations of how it had to be transformed and which direction would it follow. In this theoretical and practical effort the left wing has always been present, particularly the various Marxists expressions. Therefore, in order to understand the current situation of Latin America is indispensable to become acquainted of the debates and experiences of these theoretical branch, because if the trajectory of social movements is not taken into account then what is currently occurring in the region would only be explained as an accident of social development attributed only to messianic character appearances or mere isolated actions without roots or possible historical explanation. However, in trying to recover the debates and actions of the Marxist branch as an indispensable part of the Latin American left, this paper aims to show that the current situation of Latin America is not circumstantial or capricious but the result of a long history forged in the struggle of our people trying to finally obtain their political, cultural and economic emancipation.

Key words: left, impossibilities, democracy, Latin America, revolution, capitalism, neoliberalism.

INTRODUCCIÓN

El actual *giro a la izquierda* en América Latina es la culminación de un largo proceso, caracterizado por rupturas y continuidades de la teoría y la práctica de las fuerzas democráticas latinoamericanas. Esto es, ni todas las luchas actuales son nuevas ni todas son reediciones del pasado.

Este *giro a la izquierda* si bien, en gran medida, se ha nutrido de la teoría y la práctica socialista y comunista, lo ha hecho también, sin duda, de las luchas liberales y democráticas sostenidas contra la dominación oligárquica, el imperialismo, las dictaduras militares y, recientemente, de la resistencia contra el neoliberalismo.

De esta manera, después de casi dos siglos de combates anticoloniales, revoluciones campesinas, pugnas por la definición de los proyectos nacionales, revoluciones e intentos de seguir la vía pacífica al socialismo, en América Latina se mantienen las condiciones necesarias para la recuperación de las propuestas de la izquierda como opción viable para los pueblos latinoamericanos.

Si como ocurre actualmente, el capitalismo no ofrece a los países latinoamericanos una perspectiva satisfactoria para alcanzar el “buen vivir” de la población dentro de un sistema político democrático y participativo, adquiere creciente legitimidad la voluntad de transformación económica, política y social de orientación socialista.

En este mismo sentido, si se pretende entender la situación actual de América Latina resulta indispensable recuperar los debates y experiencias de la izquierda, de otra manera, de desconocer la trayectoria de los movimientos sociales empeñados en transformar la sociedad que heredan se estarían reduciendo las explicaciones del presente a una serie de propuestas, movimientos y personajes iluminados, sin raigambre histórica o, a lo más, a meros accidentes del devenir social cuya regresión es inevitable.

El presente trabajo forma parte de un programa de investigación cuyo propósito es la recuperación de los debates, incluida su consecuencia práctica, sostenidos por la izquierda latinoamericana en el siglo xx y mostrar que lo que hoy sucede en nuestra región no es caprichoso, sino resultado de una larga historia forjada por nuestros pueblos en busca de su emancipación política y económica, hoy, no sólo del neoliberalismo sino del propio capitalismo.

LA IZQUIERDA HOY, EN AMÉRICA LATINA

En algunos países de América Latina, particularmente del Cono Sur, la izquierda ha logrado construir un importante consenso social para enfrentar la hegemonía neoliberal. Ese consenso se sustenta en un proyecto democrático que reconoce las desigualdades sociales como efecto de las relaciones de libre mercado y cuestiona las limitaciones de la democracia procedimental;¹ al mismo tiempo, sostiene el rescate de la soberanía

nacional, especialmente sobre los recursos naturales y las decisiones políticas; reivindica el papel del Estado como compensador de los efectos negativos del mercado; asume una postura antiimperialista y promueve la descolonización cultural, económica y política de los pueblos, incluidos los indígenas.

De esta manera, frente a los saldos sociales y económicos negativos del capitalismo sustentado en el mercado autorregulado, la izquierda ha logrado restituir la posibilidad de pensar una sociedad distinta a la neoliberal y ha ampliado, así, las opciones de mundos pensables y posibles.

Si bien antes de la desaparición del socialismo real y de la imposición de una visión finalista de la historia, la izquierda había logrado ampliar los márgenes teóricos y prácticos para comprender a la sociedad y construir alternativas sociales viables; hoy, nuevamente, los proyectos políticos de la izquierda abren posibilidades a la acción popular, lo que ha permitido a las sociedades latinoamericanas superar el *imposibilismo* en el que las hundió el neoliberalismo.²

Al imposibilismo, resultado de los fracasos de la revolución socialista, la derrota de la guerrilla y la violenta cancelación de la vía pacífica al socialismo, se sumaron el derrumbe del socialismo soviético, la victoria cultural del neoliberalismo y la imposición del *pensamiento* único, con lo cual los límites de la lucha política se restringieron aún más y, desde ese momento, las posibilidades de la actividad política oscilaron entre neoliberalismo y la socialdemocracia, entendida esta última como la crítica más *radical* al capitalismo.

De esta manera, la socialdemocracia, que antes de la hegemonía neoliberal había sido considerada una postura *centrista*, se convirtió en la única izquierda posible y políticamente correcta, con lo que se descartaba todo proyecto de transformación social revolucionaria. La “izquierda” socialdemócrata limitó, así, sus luchas a la demanda de democracia con lo cual se redujo notoriamente el abanico de opciones políticas, que desde entonces quedaron circunscritas al marco de lo existente, es decir, al capitalismo con mayor o menor democracia representativa. Sólo había un mundo posible: el capitalista y una sola modalidad de capitalismo, la neoliberal, sustentada en el mercado autorregulado.

La noción que, de manera más clara, sufrió la amputación neoliberal, fue la de cambio social de izquierda. A las preguntas de ¿qué cambio era posible?, ¿dónde estaban los límites de la sociedad moderna?, ¿qué tipo de arreglo político podía constituirse?, se respondía, en los estrechos marcos del imposibilismo: el único cambio posible es la transición del autoritarismo a la democracia y de ésta a su perfeccionamiento continuo; la democracia por excelencia es la procedimental; la única forma de representación popular es la representativa-delegativa y, finalmente, la capitalista es la única forma de organización económica posible y deseable.

Ante tales respuestas, que pasaron a constituirse en el dogma neoliberal por excelencia, para el pensamiento conservador resultó inexplicable que a pesar de la aceptación ideológica del liberalismo económico, y su limitado abanico de posibilidades políticas, desde finales de la década de los noventa hayan surgido en América Latina propuestas y procesos de cambio político que modificaron la correlación de fuerzas en la región para hacer viables los triunfos electorales de la izquierda y que, desde entonces, se pueda discutir la construcción de la sociedad posneoliberal, y en el caso extremo de Venezuela y Bolivia plantear como alternativa el socialismo.

La falta de crecimiento económico que acompañó a la modalidad neoliberal del capitalismo, el retroceso en la distribución de la riqueza y el ingreso, así como la poca efectividad de la democracia procedimental para elevar la participación política de la ciudadanía, aunada a una creciente ingobernabilidad, propició la emergencia de nuevos actores en la escena política y renovó la fuerza de los existentes con larga tradición de lucha anticapitalista. La nueva estrategia política significó pasar de la resistencia al neoliberalismo, a la organización del movimiento social y ofrecer un frente electoral multclasista.

Pero no solamente la crisis actual del neoliberalismo permite explicar el *giro a la izquierda* en la región, también es fundamental observar los cambios que dentro de la misma izquierda lograron perfilar una propuesta atractiva para los sectores opositores al neoliberalismo.

En medio del evidente desgaste del discurso neoliberal, los partidos y candidatos de izquierda lograron una significativa presencia en la escena política a partir de la crítica a la economía de mercado y sus resultados,

asumiendo al mismo tiempo la reivindicación de la soberanía nacional y el indigenismo, así como del creciente rechazo a las limitaciones de la democracia procedimental y a las distintas expresiones de la cultura neoliberal que formaron parte de sus programas electorales y fueron el eje de la organización del movimiento social. Con ello, la izquierda pudo construir un renovado discurso político que atrajo a una buena parte del electorado y le permitió reinsertarse en el movimiento social hartado del neoliberalismo y víctima de sus resultados.

En otras palabras, si bien el contexto económico, político y cultural ha determinado en buena medida las posibilidades del éxito electoral de la izquierda, sus triunfos políticos son también el resultado de haber logrado adecuarse a los nuevos tiempos y reorganizar sus fuerzas mediante la construcción de un discurso admisible y atractivo para amplias capas de la población con expectativas de cambio.

La llegada a los gobiernos de candidatos con programas de izquierda confrontados con candidatos y programas neoliberales, tanto como las transformaciones emprendidas por esos gobiernos con el apoyo popular, han resultado también de su capacidad para elaborar un diagnóstico de la realidad nacional y local para ofrecer salidas a las ingentes demandas sociales. Un discurso político articulado le ha permitido a la izquierda adquirir una mayor penetración social, de la misma manera que la ausencia de esa capacidad representó en el pasado su crisis política de credibilidad.

LAS RAÍCES: REFORMA O REVOLUCIÓN

OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS DE LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA

Las organizaciones de izquierda revolucionaria de principios del siglo XX, en América Latina, tuvieron históricamente, como fundamento de su existir y eje central de su accionar, la idea de que la revolución no sólo era posible sino inevitable, por lo que únicamente había que esperar la existencia de las “condiciones objetivas y subjetivas” para que estallara la revolución. Había que hacer poco por ella, era inevitable.

La estrategia seguida por los partidos comunistas y socialistas de corte marxista, se basaba en asumir la vía política al tiempo de actuar

para apresurar la maduración de las condiciones “objetivas y subjetivas” propuesta por Lenin para identificar el momento revolucionario, estableciendo para el efecto alianzas estratégicas con los sectores liberales y progresistas de cada país.³

A tono con la corriente comunista internacional, los comunistas y los socialistas en Latinoamérica planteaban que la contradicción entre el proletariado y la burguesía sólo podría resolverse mediante la revolución y reconocían a ésta como un suceso ineludible producto del desarrollo de las fuerzas productivas y las contradicciones del propio capitalismo.

La revolución, como solución armada a las contradicciones de clase estaba expuesta en el *Manifiesto del Partido Comunista*, donde Marx y Engels planteaban que de todas las clases enfrentadas al capitalismo sólo el proletariado era una clase revolucionaria, cuyo destino inevitable e implícito era derrocar a la burguesía mediante la revolución (Hobsbawm, 1998).

Además, en el *Manifiesto* los comunistas encontraban la explicación del papel que debería desempeñar en la revolución:

Los comunistas [escriben Carlos Marx y Federico Engels en la parte final del Manifiesto] apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente [...] Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar (Marx y Engels, 1848/2007: 49).

La centralidad de la revolución en la izquierda marxista no implicaba la ausencia de debate sobre el momento del estallido revolucionario, de las condiciones para lograrlo y la determinación de su carácter de acuerdo a las condiciones históricas específicas. Particularmente, en América Latina el debate entre reforma o revolución fue verdaderamente intenso durante la década de los sesenta del pasado siglo.

La postura de las diversas organizaciones de la izquierda latinoamericana entre reforma y revolución, se traducían en la contradicción entre la vía política de los partidos en espera de la existencia de las condiciones

“objetivas y subjetivas” para el estallido revolucionario y la lucha armada de grupos guerrilleros que con su acción pretendían apresurarlas. Ambas posiciones no tenían como fundamento el temor de un lado o cierta inclinación al riesgo del otro, sino las claras diferencias de interpretación de la realidad de América Latina. El debate, muchas veces enconado, partía de preguntarse si Latinoamérica tenía características feudales o capitalistas, la respuesta devenía postura revolucionaria o reformista.

La estrategia de los agrupamientos comunista y socialista se basaba en la tesis que definía el carácter feudal de España y la implantación de ese modo de producción en el territorio colonial. Aceptaban el traslado de una organización económica agraria con servidumbre, vasallaje y ausencia de salario en donde la explotación de trabajo se hacía por tierra, alojamiento y alimentos; incluso las formas de producción esclavista coexistieron con la servidumbre feudal de manera generalizada en las colonias ibéricas. En consecuencia, se concluía en la inexistencia de un capitalismo maduro que ofreciera condiciones a la revolución socialista, entonces había que crear esas condiciones que dependían del desarrollo del propio capitalismo (Vitale, 1968).

La maduración de las condiciones revolucionarias pasaba por apoyar e impulsar las revoluciones nacionalistas antif feudales, revoluciones de “liberación nacional” democrático burguesas, encabezadas por un bloque multclasista, orientadas a derrocar a las oligarquías y apoyar la formación de una burguesía nacional progresista y antiimperialista. Así, la estrategia de los partidos socialistas y comunistas fue la lucha política para “madurar” las condiciones capitalistas hasta el punto en que una revolución proletaria fuera posible.

En este planteamiento tuvo importancia determinante la Tercera Internacional Comunista, cuyos acuerdos y documentos, al usar la categoría de revolución, no necesariamente se referían al enfrentamiento armado. En efecto, en la mayoría de los documentos, particularmente para el caso latinoamericano, se utilizaba como una metáfora que indicaba una suma de transformaciones que preparaban el camino al socialismo.

De ahí que el programa de la “revolución democrático burguesa” consistía en realizar la reforma agraria, llamar a la emancipación de todos

los campesinos y aligerar sus condiciones; realizar la expropiación sin indemnización, tomar una parte de las tierras para el cultivo colectivo y otra para la distribución entre campesinos y arrendatarios; la nacionalización de los bancos extranjeros; la igualdad de derechos entre hombres y mujeres; la implantación de la jornada laboral de ocho horas; el reconocimiento de la autodeterminación de las naciones y la lucha por la unidad nacional en aquellos países donde no había sido alcanzada (Caballero, 1987: 132-137).

Por otro lado, confrontada con la de los socialistas y comunistas se encontraba la interpretación de que América Latina formaba parte de la sociedad capitalista mundial, en tanto que el proceso colonial significó la incorporación dependiente de las colonias a las metrópolis hegemónicas del capitalismo europeo.

Dos elementos se presentaban como errores en el análisis de la ortodoxia comunista y socialista. El primero tenía relación con el hecho de confundir atraso con feudalismo y la falta de industrialización con ausencia de capitalismo. A lo anterior se sumaba la descripción de un Estado controlado por la burguesía exportadora que no había desarrollado el mercado interno por formar parte de la división comercial del capitalismo mundial. A partir de estas premisas, la acción política consecuente e históricamente correcta, se concluía, era impulsar la revolución socialista (Vitale, 1968).

En estas dos grandes líneas pueden ubicarse las estrategias y acciones de la izquierda latinoamericana. Pero en rigor, en cada periodo de la historia latinoamericana existieron definiciones que escapan a la generalización antes planteada y que muestran la forma particular en que la izquierda adaptó la visión occidental de cambio a la realidad local y no pudo construir una alternativa propia, es decir, desde América Latina.

EL PERIODO DE LAS DICTADURAS

Las dictaduras militares de la primera mitad del siglo xx, generalmente surgidas de golpes de Estado en contra de gobiernos declarados populistas, aunque tuvieron el propósito común de restaurar a las viejas oligarquías asumieron formas diversas y fue variable su duración. El poder militar dictatorial se convirtió en la forma más generalizada de ejercicio

gubernamental que se prolongó en muchos casos más allá del término de la segunda Guerra Mundial: Maximiliano Hernández en El Salvador (1931-1944), Anastasio Somoza en Nicaragua (1937-1956); Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana (1930-1962); Juan Vicente Gómez en Venezuela (1909-1932); Jorge Ubico en Guatemala (1931-1944); Machado en Cuba (1925-1933); José Félix Uriburu y diversas juntas militares en Bolivia, fueron todas dictaduras fundadas en formas el paternalismo plutocrático, sustentadas en el clientelismo político y en la represión, masiva y selectiva, del movimiento social.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los intentos por democratizar la política en América Latina y hacer surgir una nueva ciudadanía participativa, no fueron bien acogidos por las clases dominantes nativas que vieron reforzada su posición por el afianzamiento de “la hegemonía de Estados Unidos en el recién creado ‘mundo libre’ que cobra toda su fuerza a partir e un nuevo tipo de enfrentamiento: la guerra mundial contra el comunismo” (Roitman, 2006: 194).

Durante un breve lapso, la victoria contra el nazi-fascismo creó la ilusión generalizada de las fuerzas democráticas sobre la posibilidad de construir regímenes democráticos en América Latina. Incluso se ofreció el discurso del desarrollo económico como alternativa a la tentación socialista. Se ofrecía a nuestros países crecer manteniéndose dentro del mundo libre. Sin embargo, pronto la intervención militar de Estados Unidos en varios países terminó por alejar cualquier propósito democratizador de la vida política latinoamericana. Al mismo tiempo, con el apoyo estadounidense se inició el ciclo de las dictaduras militares en Latinoamérica que justificaban la ruptura del orden constitucional por la necesidad de mantener la “seguridad nacional frente a la amenaza comunista”.

La Doctrina de la Seguridad Nacional,⁴ que en este periodo sustentaría la acción de los cuerpos castrenses en América Latina, correspondía a la época mundial de la “guerra fría” que enfrentaba al bloque socialista con los países capitalistas hegemonizados por Estados Unidos. La invocación de la democracia hecha por los distintos gobiernos de Estados Unidos se convirtió en la excusa que permitió a Washington ofrecer su apoyo

irrestringido y financieramente ilimitado a las dictaduras militares que proliferaron en América Latina en esos años.

En efecto, después del fracaso de la Alianza para el Progreso, impulsada por John F. Kennedy, surgió la Doctrina de la Seguridad Nacional, según la cual:

Los militares latinoamericanos tenían por misión principal combatir a los enemigos internos de la democracia, es decir, a los “quintacolumnistas del comunismo internacional” que actuaban dentro de las fronteras nacionales, dejando la lucha contra el enemigo exterior –el bloque de la Unión Soviética y China Popular– a las fuerzas de la OTAN. En rigor, se trataba de una respuesta brutal –una vez fracasada la vía de las reformas propuesta por la efímera Alianza para el Progreso– a la Revolución Cubana y la expansión de los movimientos insurgentes inspirados en ella (Ansaldi y Giordano, 2006: 92).

Por ello, las dictaduras militares establecidas en América Latina –decían los propios dictadores que ejecutaban los golpes de Estado– no se limitaban a “rescatar la democracia”, sino que iban más allá para acabar con la corrupción de los políticos y constituir una nueva sociedad que alejara a la población de las tentaciones populistas y socialistas que las amenazaban.

Las dictaduras de esa época, además de su saña contra el movimiento popular, tuvieron como característica el que ya no se presentan como defensoras del viejo pasado oligárquico, sino como impulsoras del “progreso industrial” y la modernización de sus países. Son, pues: “Agentes de la burguesía dependiente y, fundamentalmente, de los nuevos planes del imperialismo yanqui, expresados en la política ‘desarrollista’” (Vitale, 1979: 57).

Las dictaduras militares terminarían por extenderse en todo el Cono Sur. El ciclo comenzó con el golpe de Estado contra Joao Goulart en Brasil (1964); seguido por el del general Juan Carlos Onganía contra Arturo Illia en Argentina (1966); el de Hugo Banzer en Bolivia (1971), Augusto Pinochet en Chile (1973) contra el gobierno socialista de Salvador Allende; el de Juan María Bordaberry en Uruguay (1976) y de nuevo en Argentina con

el ascenso al poder, en 1976, de Jorge Videla, que instauraría una dictadura tan sangrienta como la de Augusto Pinochet en Chile.

Eduardo Galeano advierte cómo ese control sin consensos que imponen las dictaduras militares, si bien logran implantar una ideología lo hacen a partir del miedo y la resignación, pero no del convencimiento. Por supuesto, ninguna de estas dictaduras:

Tienen la menor capacidad de movilización popular. La *mística* del patrioterismo, copiada del modelo nazi-fascista, solamente prende en el corazón de los policías y los soldados que cobran por eso. Estos son regímenes solitarios, condenados a caídas tristes y sin grandeza. No fanatizan a los jóvenes: simplemente los odian, como odian la alegría y todo lo que crece. Se apoyan en la fuerza de las armas y son incapaces de transmitir ninguna fe [...] En todo caso, nuestros dictadores son, a lo sumo patriotas de una patria que no es la suya, satélites de un imperio ajeno: ecos y no voces (Galeano, 1997: 206).

De esta manera, las luchas reivindicativas por transformar las sociedades latinoamericanas y quebrar el poder de las dictaduras proclamando la reforma agraria, la democracia sindical, el reconocimiento de derechos a las minorías o simplemente elecciones democráticas, se ven como demandas subversivas, acciones de desestabilización que merecen ser perseguidas, reprimidas y castigadas.

En ese contexto de Guerra fría, anticomunismo y autoritarismo surge en Cuba el movimiento de liberación nacional cuyo enfrentamiento con la dictadura de Fulgencio Batista culmina el primer día de 1959 con el triunfo de la insurgencia. El éxito político y militar del Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel Castro, abre nueva etapa política para la izquierda en América Latina que desde ese momento:

Incorpora los siguientes elementos: 1) la opción insurreccional como un camino viable para realizar el cambio social democrático; 2) la redefinición de tácticas y estrategias para la toma o el mantenimiento del poder en el interior de los partidos políticos en América Latina; 3) apertura de un debate sobre las perspectivas de la revolución en el pensamiento crítico y del desarrollo de

nuevas formas de creación intelectual; 4) alteraciones en los comportamientos políticos de las clases dominantes latinoamericanas y 5) transformaciones en la política exterior de los Estados Unidos hacia América Latina (Roitman, 2006: 196-197).

La tesis de la insurrección como forma de acceder al poder e instaurar el socialismo, se fundamentó en la consideración del agotamiento de la vía política,⁵ en la certeza de poder derrotar al ejército profesional y en la necesidad de superar la inactividad que se atribuía a quienes se proclamaban revolucionarios y construían partidos de masas para lograr, mediante la militancia político/electoral, alcanzar el poder pacíficamente una vez que estuvieran dadas las condiciones objetivas y subjetivas.

Desde la creación, en 1966, de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en el marco de la Primera Conferencia Tricontinental celebrada en La Habana, se impulsó un proyecto con tres rasgos fundamentales: el antiimperialismo, la lucha armada y el socialismo. El ideario de estos movimientos rechazaba la vía política como medio para alcanzar sus objetivos, asumiendo a la vía armada como legítimo medio para alcanzar el socialismo y derrotar al imperialismo.

La OLAS concentraba las ideas de experiencias guerrilleras en varios países como Guatemala, Venezuela, Colombia y Bolivia e intentaba penetrar en otros países donde las organizaciones de izquierda no se planteaban esta forma de lucha. Fue un modelo regional de internacionalización de socialismo por la vía armada. Según Regis Debray (1974), la organización ofrecía un aparato de apoyo político y militar que recrearía el modelo de foco guerrillero en todas partes donde fuera posible.

En 1960, Ernesto *Che* Guevara, después del triunfo del Movimiento 26 de Julio en Cuba, escribió que la revolución cubana hizo tres aportaciones a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América, que confrontaban directamente a la línea seguida por los partidos comunistas. Dice el *Che*:

- 1) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
- 2) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.
- 3) En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

De esas tres aportaciones, las dos primeras luchan contra la actitud quietista de revolucionarios o pseudo-revolucionarios que se refugian, y refugian su inactividad, en el pretexto de que contra el ejército profesional nada se puede hacer, y algunos otros que se sientan a esperar a que, en una forma mecánica, se den todas las condiciones objetivas y subjetivas necesarias, sin preocuparse por acelerarlas (Guevara, 1960/1969: 27).

Pero el foco guerrillero no fue sólo una táctica de los movimientos armados, para los *foquistas* latinoamericanos la táctica se convirtió gradualmente en la estrategia misma, en su concepción política.

Con el *foquismo* se combinó el modelo de *guerra popular prolongada*⁶ o “cerco de las ciudades por el campo”, consistente en avanzar, acompañado de un proceso de acumulación de fuerzas, desde el campo a la ciudad mediante la expansión de las guerrillas y la defensa de las zonas liberadas. Al efecto, primero debía establecerse una vanguardia que formulara la línea política, “un partido centralizado y clandestino, tributario de la concepción leninista, con línea política definida, un programa revolucionario y planes bien detallados. Su papel era organizar el poder desorganizado de la masa con las armas en la mano” (Escárzaga, 2001: 82).

De estos planteamientos surgen las diferencias entre las nuevas organizaciones guerrilleras y la izquierda tradicional, representada por los partidos comunistas y socialistas que insistían en la acción militante, en la formación del partido de masas y un gran frente popular donde confluyeran todos los explotados y las clases medias dirigido por el partido comunista “Vanguardia del proletariado”. En Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, México, Venezuela y Perú, los partidos comunistas sostuvieron esta línea de unidad política y demanda de la legalidad de sus partidos para participar en los procesos electorales.

Indudablemente, el triunfo de los revolucionarios cubanos en 1959 marcó el nuevo rumbo de la izquierda, incluida la comunista, que además sufrían la división en el campo del socialismo real con la dura confrontación entre China y la Unión Soviética que significó, por un lado, denuncias sin fin de ambos sobre las formas de conducir cada uno de ellos la construcción del socialismo y, por el otro, el surgimiento de corrientes maoístas dentro de los partidos comunistas, debilitándolos y llenando de confusión teórica y estratégica a sus militantes.

Pero además, el triunfo del Movimiento 26 de Julio en Cuba adquiere otro significado político del que advierte Emir Sader:

La victoria de la revolución cubana, reveló que el primer triunfo estratégico en el continente se daba fuera del Partido Comunista y como alternativa a él. El socialismo y la vía insurreccional parecían tornarse el objetivo y la forma dominantes desde aquel momento (Sader, 2006: 113).

Sin embargo, al acentuarse las divergencias políticas entre China y la Unión Soviética se produjo el asilamiento de los focos insurreccionales. Al mismo tiempo, la muerte de Ernesto *Che* Guevara en Bolivia, en octubre de 1967, pareció justificar una de las mayores críticas que desde la propia izquierda se hacían a la vía insurreccional planteada por Fidel Castro y el propio *Che*: “El foco no resulta ser el embrión de un proceso expansivo del ejército guerrillero” (Roitman, 2006: 199).

En consecuencia, surge una propuesta renovadora de la lucha armada que plantea que la vanguardia al ser político/militar debe constituir *frentes de masas*⁷ en todos los sectores sociales y clases subalternas con el propósito de construir el partido de la revolución que conduzca la lucha por las reivindicaciones sociales y la liberación nacional, que terminarían por agudizar las contradicciones de clase y preparar, así, la insurrección inevitable dada la resistencia que opondrían las clases dominantes.

En esta línea surgen organizaciones como el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile; el Ejército Popular Revolucionario (EPR) argentino; el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Bolivia; el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros del Uruguay; el Ejército de Liberación

Nacional (ELN) en Colombia y el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR), que escribieron la historia revolucionaria de América Latina en esa época (Roitman, 2006: 199).

Si bien la lucha armada no se eliminó de la propuesta del frente popular, la influencia leninista en las organizaciones buscaba construir las bases del nuevo Estado proletario, lo que incluía las tareas de conducción y dirección del movimiento de masas que por momentos rozó con la participación electoral y partidista. Es el caso de MIR en Chile y del PRT argentino.

Al mismo tiempo a la guerrilla urbana que creció sobre todo en el Cono Sur, inspirada en las teorías del *Che* Guevara y de Régis Debray (1969), se sostienen guerrillas rurales en Guatemala, Perú, Venezuela y México, que serían brutalmente reprimidas y derrotadas en un plazo relativamente corto.

Más adelante, el triunfo electoral en 1970 de la Unidad Popular en Chile que llevó a la Presidencia de la República a Salvador Allende, daba nuevo aliento y abría nuevas expectativas a la izquierda socialista y comunista que sostenía la vía político/electoral para llegar al poder. Parecía que la democracia se abría paso a golpes de sufragio y que era posible someter a los designios populares a las clases dominantes en América Latina. Sin embargo, el golpe de Estado en 1973 frustra todas las esperanzas que los comunistas y socialistas habían puesto en este camino.

El golpe asestado por Augusto Pinochet a la democracia fue el inicio de un nuevo ciclo de dictaduras militares que volverían a poner a prueba la voluntad y firmeza de los partidos de izquierda que sobrevivían en condiciones políticas precarias; la represión masiva y selectiva hizo cada vez más difícil su sobrevivencia.

El asesinato de Salvador Allende y la cancelación de la vía político/electoral al socialismo, concluye Emir Sader: “Cerró una trayectoria de los partidos comunistas en el continente, que desde hacía décadas predicaban en diversos grados el camino que la izquierda chilena intentó poner en práctica” (Sader, 2006: 117).

La debilidad de los partidos socialistas y comunistas se acentuó, y entraron en crisis terminal, con la desaparición de la Unión Soviética.

Con ello, parecía que el socialismo dejaba de ser una opción viable para América Latina.

Todavía en 1978 triunfa la revolución sandinista en Nicaragua. Esto alentó la extensión del proceso insurreccional a Guatemala y El Salvador. Sin embargo, si bien el triunfo del sandinismo estuvo vinculado a la derrota estadounidense en Vietnam y a la crisis interna del gobierno de Richard Nixon, la derrota de James Carter y el triunfo de Ronald Reagan, en 1980, permitió a los norteamericanos retomar la ofensiva político militar en la región, lo que acabó siendo uno de los factores decisivos en la posterior derrota del sandinismo y en la inviabilidad de la victoria guerrillera en El Salvador y Guatemala. Se cierra así la vía insurreccional en América Latina.

En medio de la cancelación tanto de la lucha armada como de la lucha política empezaron a ganar influencia en América Latina planteamientos objetivos y estrategia poco claros, cada vez más alejados de la izquierda y muy influidos por la socialdemocracia. Además, al finalizar la década de los setenta tomó fuerza el llamado eurocomunismo, movimiento que proclamaba su alejamiento del “marxismo dogmático” y planteaba la necesidad de definir de manera nacional la táctica y la estrategia de los partidos y las organizaciones en un denominado policentrismo.

El eurocomunismo aceptaba el establecimiento de relaciones estrechas con partidos que no fueran de izquierda y las alianzas con ellos. Sostenían la necesidad de apoyar todas las causas democráticas antes de llegar a una revolución socialista. Para algunos sectores que se mantenían en la ortodoxia marxista, las tesis del eurocomunismo sirvieron de base para la institucionalización de muchos de los partidos comunistas y el abandono de la reivindicación revolucionaria (Ellner, 1989).

El eurocomunismo planteaba amplias coaliciones políticas y una especie de reconciliación de clases. Buscaba la conformación de una voluntad política nacional, que de manera pacífica aceptara el socialismo.

En consecuencia, señalaba que el proletariado y las clases medias confluían en una lucha contra el burocratismo parasitario, propugnaba además por una economía mixta que se alejara de los excesos centralistas del socialismo y de los monopolios en el capitalismo.

El eurocomunismo se propuso incorporar a los partidos comunistas a la participación electoral y planteaba que:

Los partidos incluidos en la corriente eurocomunista coinciden en la necesidad de ir al socialismo con democracia, pluripartidismo, parlamento e instituciones representativas, soberanía popular ejercida regularmente a través del sufragio universal, sindicatos independientes del Estado y los partidos, libertad para la oposición, derechos humanos, libertades religiosas, libertad de creación cultural, científica, artística y el desarrollo de las más amplias formas de participación popular en todos los niveles y ramas de la actividad social. Paralelamente, en unas u otras formas, esos partidos reivindican su total independencia en relación con todo eventual centro dirigente internacional y con los Estados Socialistas, sin por ello dejar de ser internacionalistas (Waiss, 1981:78).

Si bien el eurocomunismo no representó una corriente aglutinante en la izquierda latinoamericana, junto con las posturas socialdemócratas afianzaron el abandono de las posiciones tradicionales de la izquierda revolucionaria, lo que permitió que la participación electoral fuera ganado terreno ya no como parte de la lucha política para alcanzar el socialismo, sino como un objetivo en sí mismo.

La estabilidad que ofreció el nuevo sistema político neoliberal resultó depredadora y desalentadora, en tanto su imposición fue la pérdida de los ideales de la izquierda marxista, lo que permitió la incorporación a la vida política legal de muchas organizaciones que bajo las dictaduras militares habían sufrido persecuciones, asesinatos, torturas y desapariciones forzadas de parte de los gobiernos militares.

El neoliberalismo se impuso con una fuerza destructiva brutal, la izquierda tendría que esperar nuevos y mejores tiempos, como los de ahora, para legitimar su certeza de que otro mundo es posible.

CONCLUSIÓN

Recoger el debate de la izquierda marxista latinoamericana en el siglo xx es sostener la utopía que los alentó y darle sentido al esfuerzo actual

de los pueblos latinoamericanos. Decía Víctor Hugo que “nadie puede detener una idea, cuyo tiempo ha llegado” y el tiempo del socialismo ha llegado y nadie lo va a parar: ni las equivocaciones de la izquierda en el pasado y mucho menos las ilusiones milenarias burguesas del presente. El socialismo es posible y ha llegado su momento.

La utopía continúa no como quimera, sino como desafío para construir otro mundo posible y distinto al capitalista.

Ante esta situación y la experiencia histórica de la izquierda latinoamericana, podemos decir que los pueblos ya no se conforman con sólo elegir gobiernos y seguir, sumisos o derrotados, dentro del sistema capitalista. La disyuntiva, ahora, vuelve a ser socialismo o barbarie. Aunque viéndolo bien, no será un socialismo, serán, más bien, socialismos y serán socialismos nuevos, con una democracia radicalizada, universal, económica, social y cultural. Afirma Boaventura de Sousa Santos: “No habrá socialismo y sí socialismos. Tendrán en común reconocerse en la definición de socialismo como democracia sin fin”.

Además, a partir de las luchas de los pueblos de América Latina existen contruidos valores referenciales considerados esenciales al socialismo futuro: la dignidad humana, la igualdad social, la democracia participativa, el acceso universal a la alimentación, la salud, la educación, la vivienda, el trabajo bien remunerado, la sustentabilidad y el ocio.

Pero el socialismo no llega espontáneamente. Los pueblos no son socialistas de origen y el socialismo sólo puede construirse con la voluntad popular. Ganar a los pueblos para el socialismo es una tarea inmensa que transcurre por múltiples vías, visibles en nuestro pasado común. Por eso, debe advertirse que no deja de ser:

Ilusión voluntarista, establecer formas rígidas para las transformaciones necesarias y para la radicalización de la democracia [...] Las transformaciones dependen de muchos factores que trascienden nuestro simple deseo y demandan tiempo y sudor. Sin una visión clara al respecto cualquier socialismo corre el riesgo de resbalar, tanto para el democratismo caótico como para el autoritarismo. Evidentemente un socialismo que merezca este nombre, rechaza, por

definición, toda dictadura y todo imperialismo; y también toda democracia que sea apenas formal (Casaldáliga, 2009).

En fin, la utopía, escandalosamente desactualizada en esta hora de obsesivo pragmatismo, de productividad a toda costa y posmodernidad desencantada, ha sido recuperada y adquiere creciente vigencia, pero hay que trabajar por ella. No basta proclamarla, es preciso comprometerse con su realización porque es coherente, creativa y subversivamente transformadora.

BIBLIOGRAFÍA

- Ansaldi, Waldo y Verónica Giordano (2006), *Historia de América Latina. Una perspectiva sociológica-histórica*, Editorial Dastin, Colección Crónica del Siglo XX, Madrid, España.
- Bobbio, Norberto (1996), *Liberalismo y democracia*, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, núm. 476, México.
- Casaldáliga, Pedro (2009), “Agenda Latinoamericana: hacia un socialismo nuevo la utopía continúa” (<http://www.adital.com.br/site/noticia.asp?boletim=1<=ES&cod=37328>)
- Caballero, Manuel (1986), *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1988.
- Debray, Régis (1969), *Ensayos sobre América Latina*, Ediciones ERA, Colección El Hombre y su Tiempo, México.
- ____ (1974), *La crítica de las armas*, México, Siglo XXI Editores, 1975.
- Ellner, Steve (1992), *De la derrota guerrillera a la política innovadora. El movimiento al socialismo*, Caracas, Venezuela, Editorial Monte Ávila, colección Perspectiva Actual.
- Escárzaga, Fabiola (2001), “Auge y caída de Sendero Luminoso”, *Bajo el volcán*, núm. 3, segundo semestre, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Galeano, Eduardo (1997). *Nosotros decimos no. Crónicas (1963-1988)*, Siglo XXI Editores, 6ª edición, México.
- Guevara, Ernesto *Che* (1960/1969), *Obra revolucionaria*, Selección y Prólogo de

- Roberto Fernández Retamar, Ediciones ERA, 3ª edición, México.
- Hobsbawm, Erick (1998), "Introducción al manifiesto comunista" en *Manifiesto Comunista*, Editorial Crítica, Barcelona.
- Lenin, Vladimir I. (1918/1960), "La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo", en Vladimir I. Lenin (1960). *Obras Escogidas*, 3 tomos, tomo 3, Editorial Progreso, Moscú, Rusia: 367/456.
- Marx, Carlos y Federico Engels (1848/2007), *Manifiesto Comunista*, Editorial Monte Ávila, Colección Biblioteca Básica del Pensamiento Revolucionario, Caracas, Venezuela.
- O'Donnell, Guillermo (2002), "Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales", en Carbonell, Miguel, Winstano Orozco y Rodolfo Vázquez (coordinadores), *Estado de derecho. Concepto, fundamentos y democratización de América Latina*, Siglo XXI Editores, México.
- Pucciarelli, A. Raúl (2004), "La inversión democrática en Argentina: Declinación económica, decadencia política y degradación institucional", en *Cuadernos del CENDES*, agosto 2004, vol.21, núm.56:55-85.
- Roitman Rosenman, Marcos (2006), *Las razones de la democracia en América Latina*, Siglo XXI Editores, 2ª edición, México.
- Sader, Emir (2006), *La venganza de la historia. Hegemonía y contra hegemonía en la construcción de un nuevo mundo posible*, Ediciones ERA, México.
- Vitale, Luis (1968), "América Latina: ¿feudal o capitalista?", en Petras, J. y M. Zeitlin (eds.), *América Latina: reforma o revolución*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1970.
- ____ (1979), *La formación social latinoamericana (1930-1978)*, Fontamara, Barcelona, España.
- Waiss, Oscar (1981), "Participación y Pluralismo", en *Nueva Sociedad* núm. 54, mayo-junio, Caracas, Venezuela.

NOTAS

¹ La democracia procedimental, también conocida como "teoría económica de la democracia", nace de la tradición de Max Weber y Joseph Schumpeter. Esta forma de democracia se reduce, por definición, a un simple método de elección de gobernantes. En este caso, la elección de los gobernantes es la "verdadera democracia"

y requiere de instituciones y reglas claras para legitimar la designación “de los más capaces” para que ellos, en nombre del pueblo, tomen las decisiones en los aparatos gubernamentales del Estado. Los electores, una vez emitido el sufragio y decidida la elección, han de abstenerse de cualquier injerencia en la toma de las decisiones y en las negociaciones para tomarlas. En otras palabras: la acción política no es asunto de los ciudadanos, sino de especialistas y profesionales. Es esta una democracia donde, dice Norberto Bobbio, “el pueblo no toma las decisiones que le atañen, sino que elige a sus representantes que deben decidir por él” (Bobbio, 1996: 35). En la mayoría de los casos, los proyectos democráticos actuales de los partidos de izquierda es una crítica a la democracia procedimental.

² El *imposibilismo* es una forma conservadora de explicar el mundo que permite eliminar cualquier voluntad de cambio, sin necesidad de combatirla. De esta manera, el imposibilismo: “A pesar de sus diferentes variantes, es siempre un discurso conservador, inmovilista, articulado a la reproducción de lo ya existente, receptor pasivo y acrítico de las innumerables restricciones que presenta la realidad actual, y justificador de la inanición derivada del reconocimiento del margen casi nulo [...] para construir cursos de acción alternativos y proyectos que, por ser diferentes, devienen en proyectos imposibles. Es un discurso negativo que no convence, que no se apoya en importantes núcleos racionales ni desarrolla argumentos atrayentes, es un discurso que asusta, que ensombrece, que minimiza, que nos hace sentir mucho menos de lo que fuimos y mucho más de lo que seremos” (Pucciarelli, 2004: 12).

³ De acuerdo con Lenin, la ley fundamental de la revolución consiste en lo siguiente: “Para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como viven y exijan cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan seguir viviendo y gobernando como viven y gobiernan. Sólo cuando los ‘de abajo’ *no quieren* y los ‘de arriba’ *no pueden seguir viviendo a la antigua*, sólo entonces puede triunfar la revolución.” Es decir, en el caso de la revolución socialista, la crisis general del capitalismo es la condición objetiva en tanto la condición subjetiva radica en la incapacidad de la burguesía de seguir gobernando (“crisis gubernamental”) y crezca “el número de hombres aptos para la lucha política pertenecientes a la masa trabajadora y oprimida, antes apática, que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su rápido derrocamiento por los revolucionarios” (Lenin, 1920/1960: 427).

⁴ La Doctrina de la Seguridad Nacional se asentó en dos postulados: la bipolaridad en el mundo y la guerra generalizada. La bipolaridad se entendió como la división del mundo en dos grandes fuerzas opuestas: la del bien y la del mal. Su credo consistía en afirmar la existencia de una guerra permanente y generalizada entre los gobiernos libres de Occidente y los regímenes dictatoriales del Oriente comunista.

⁵ Entre las necesidades que Ernesto *Che* Guevara considera hacen posible el establecimiento y fortalecimiento del primer foco, se encuentra la necesidad de “demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro de la contienda cívica” (Guevara, 1960/1969: 27).

⁶ El foquismo confluía con una estrategia más amplia desarrollada por el dirigente comunista chino Mao Tse Tung, definida como *guerra popular prolongada* y que fue utilizada por organizaciones como Sendero Luminoso en Perú y las FARC en Colombia.

⁷ De acuerdo con Régis Debray, estos movimientos se siguen inspirando en la OLAS, que se mantuvo como referente para la lucha armada y son continuación de esta perspectiva. Sin ella, “ni el MLN uruguayo (como lo demuestran los primeros documentos tupamaros de 1968) ni el MIR chileno ni los guerrilleros argentinos habrían llegado a ser lo que fueron” (Debray, 1974: 13).

Fecha de recepción: 4 de diciembre de 2011

Fecha de aceptación: 17 de febrero de 2012